

El Poder y la Cuestión Juvenil del Desarrollismo hasta el Libre Mercado

Lic. Carlos Elizondo

RESUMEN

Este trabajo plasma una reflexión sobre dos diferentes formas de concebir y abordar la cuestión juvenil en dos momentos históricos: durante el desarrollismo y la perspectiva integradora del proyecto de sociedad vigente en ese periodo y la actualidad en donde el proyecto de sociedad se caracteriza por la imposición de mecanismos de exclusión social. El anterior análisis se realiza partiendo del estudio de la forma en que se manifiesta el ejercicio del poder en cada uno de estos dos modelos de sociedad.

Introducción

La discusión sobre el poder, es a nuestro entender, la base para abordar la cuestión de la juventud, entendiendo a esta última como un fenómeno cultural y social de nuestra era y no como un segmento etéreo, como se ha querido enfocar en los últimos años, en los diversos círculos en donde la cuestión juvenil ha tomado fuerza como tema de debate.

En las sociedades modernas el poder se puede concebir como un marco filosófico general que amalgama todo un imaginario social, por medio del cual se ejerce un control, marcado o solapado, que permite darle direccionalidad al proyecto de sociedad vigente en cada momento histórico. Esto es, las ideas generales y vigentes que sirven de base para darle sentido operativo al ejercicio del poder en un momento dado del desarrollo de la sociedad.

Partimos de la siguiente hipótesis: A cada momento histórico y, por consiguiente, a cada proyecto de sociedad, le corresponde una forma de concebir el poder, y sobre todo, de ejercerlo. Esto hace suponer que lo que se conoce como sociedad capitalista no es, ni ha sido, un modelo homogéneo y estandarizado de sociedad; de modo que, la sociedad capitalista se ha desarrollado gracias a la capacidad de mutación que la misma ha creado, para adaptarse a los cambios y responder a las necesidades y compromisos que han surgido de la dinámica de la reproducción ampliada del capital.

Entonces, para que la sociedad capitalista pueda mutar y, por tanto, mantenerse a través del cambio en el ambiente, debe contar con otros mecanismos que le aseguren esa constancia, pero que al mismo tiempo no desarraiguen su propia naturaleza; mecanismos que no pueden ser capitalistas, sino que deben ser externos al macro - sistema capitalista.

Estamos hablando entonces del poder y de la forma en la cual el mismo se ejerce. Es el tipo de ejercicio de poder que se implemente, el que marca el estilo de sociedad que se configura.

El análisis de la cuestión juvenil costarricense, pasa por realizar una reflexión sobre la forma en que este sector social es ubicado en dos periodos del desarrollo histórico reciente.

Primeramente, se ubicará a la juventud en la posicionalidad otorgada durante el periodo que se ha dado en llamar al Desarrollismo, que data desde los inicios de la postguerra hasta a finales de la década de 1970; para posteriormente, plantear la reflexión sobre la posibilidad de la juventud en el periodo de la sociedad de libre mercado. Lo anterior posibilitará el realizar un análisis comparativo de la cuestión juvenil en estos modelos de sociedad, que va desde el estudio del rol asignado a la juventud, hasta la manera de tratar, encarar y abordar los problemas que la misma enfrenta, por parte de las instituciones sociales; aspectos que son posibles de dimensionar si no se toman en cuenta la perspectiva de abordaje que en cada modelo de sociedad se le ha dado el problema de la juventud.

Poder Totalizante

Para el caso concreto de Costa Rica, encontramos que durante el periodo del Desarrollismo (1), el tipo de ejercicio del poder se caracterizaba por basarse en una especie de contrato o pacto social entre los sectores populares y los sectores minoritarios que direccionaban y viabilizaban (Zemelman, 1989) tal proyecto de sociedad. El ejercicio del poder implicaba en el marco de este pacto, el medio para alcanzar el bienestar social; mientras que el pacto social se constituía en uno de los mecanismos, quizá el más refinado, de control social. Este tipo de ejercicio del poder permitía hablar de un proyecto de sociedad claramente identificado, en donde su rasgo más significativo era el carácter integrador que poseía. El Desarrollismo se posesionaba en un escenario de armonía, necesario para consolidar la sociedad del futuro que se proponía a construir.

Este contexto dio pie para interpretaciones sobre el poder Totalizante, capaz de controlar cada rincón de sociedad. Interpretación por cierto muy relacionada con la concepción hegeliana del Estado. Pero lo que resulta interesante es que, esta concepción es precisamente la que Popper falaciosamente le atribuye al pensamiento planificador, o lo que es más preciso, al pensamiento soviético, cuando plantea su crítica a la planificación total y al espíritu irracional del poder guiado por la intuición totalitaria que él le atribuye a este pensamiento (Hinklemammert 2, 1990: 131). Al respecto Hinklemammert plantea que:

**“SIENDO LA PLANIFICACIÓN, EN LA VISIÓN DE POPPER, TOTAL, ELLA ES IMPOSIBLE; SIGNIFICARÍA DOBLAR EN TÉRMINOS DE UN PLAN DE REALIDAD ENTERA; SUPONDRÍA UN CONOCIMIENTO PERFECTO DE LA REALIDAD, Y, POR TANTO, NO SIENDO POSIBLE TAL CONOCIMIENTO, ES UNA QUIMERA”
(HINKLEMAMMERT 2,1990:131)**

Por supuesto que, el interés de Popper en este caso es defender la sociedad del libre mercado y la competencia perfecta.

Pero lo curioso es que este mismo enfoque pasó por la boca de gran cantidad de militantes de izquierda y por boca de los defensores a ultranza del Desarrollismo; en el primer caso como argumento para refutar la sociedad capitalista, y el segundo caso para defender al Desarrollismo. Los argumentos fueron los mismos, solo que de un lado con una visión negativa de parte de la denominada izquierda (es este enfoque, el que más se acerca a la posición de Popper); y de otro lado, los desarrollistas, con una visión positiva y utópica; controlarlo todo.

El concepto de poder se cosificó; sobre todo en manos de los planteamientos de la denominada izquierda, cuando realizó un implante de la Teoría de las Clases Sociales al diverso y colorido panorama costarricense. Resultó muy cómodo el implante, y sobre todo barato: primero se ubicó a la elite dominante, y como por arte de magia se le concedieron poderes sobrenaturales, que les hacían capaces de controlar cada mente, cada espacio, cada vida de la sociedad.

Cuando los sectores populares avalaban una reforma o cambio proveniente de las elites dominantes el diagnóstico era automático: enajenación, inconsciencia, "tenón - tenón" (2). El poder concebido como magia de los dominadores, no pudo dar cuenta del proyecto de sociedad integradora que se estaba constituyendo.

Por auto - definición, el desarrollismo era un pensamiento integrador, por tanto, el control social permitía un mejoramiento de las condiciones de vida de los individuos en sociedad, según se planteaba. El ejercicio del poder se imbricaba por medio de un pacto entre dominados y dominadores; y, por tanto, la no alineación dentro de este pacto se constituía en una disfunción que debía de ser modificada a fin de integrar la diferencia y el conflicto; un enfoque a todas luces optimista y cándido. La figura de la clase política la que en este periodo, asume la conducción de la sociedad, es la época del welfare state: la estabilización de las economías de crecimiento de la sociedad de la abundancia (Lyotard,1994:29-34).

Pretensión ostentosa para ser realidad, la de tratar de controlarlo todo. Pero en esta pretensión se construyó una utopía; controlar y solucionar todo, aún cuando no haya surgido el problema. Hoy día, a lo anterior se le llamaría previsión, en boca de seguidores de la ingeniería; pero en aquella época tal concepto no existía sino como sueño paradisíaco.

Es así como surge en Costa Rica el Movimiento Nacional de Juventudes, mismo que después se adscribió al Ministerio de Cultura Juventud y Deportes: sobre la base de la institucionalización de la problemática del joven (¿?). El denominado problema juvenil cobra relevancia y se despierta el interés por conocer y estudiar a la juventud; así como por favorecer a este sector por medio de políticas sociales (Torres Rivas, 1988:102): educación, salud, familia.

La sociedad costarricense del desarrollismo le concedió a la juventud, un supuesto en la agenda nacional, aún antes de que estuviera manifiesta la problemática que se les endosaba.

¿Cuál era pues tal problema? La respuesta a esta interrogante se resume en una palabra: el futuro. Para la concepción Desarrollista, la juventud costarricense no enfrentaba un problema en sí, sino que encaraba

a futuro los retos, las necesidades y las propias expectativas de la sociedad abundante, que se prometía al conglomerado social. Surgió la célebre frase: los jóvenes son el futuro de la patria. Frase que si bien hoy día puede resultar bastante cuestionable, en aquel entonces poseía arraigo, no para la juventud, sino para los ideólogos del Desarrollismo; puesto que ellos esperaban ese futuro de opulencia y bienestar social.

El Futuro de la Patria

Visualizar a la juventud como el futuro de la patria, consistía en prometerle a la misma la herencia de futuro: ascenso social, oportunidades políticas, enriquecimiento y otros. Pero esa herencia como toda, requería de sacrificio y esfuerzo: estudiar lo más posible, conseguir un trabajo, confiar en el proceso de expansión que requería de mano de obra especializada, formación de cuadros técnicos y profesionales, y sobre todo de ciudadanos con valores democráticos y cívicos muy arraigados.

Si la juventud era el futuro de la patria, el proyecto de la sociedad Desarrollista dependía de la manera en que esta asumiera el futuro; o sea, de la condición de estos jóvenes dentro de unos años, cuando fueran adultos. Ahí reside la explicación al por qué primero surgió la política de atención a los jóvenes, antes que el problema de estos. Surgieron programas de atención al adolescente, programas de educación sexual, se expandió la cobertura del sistema educativo, en la secundaria se contrataron funcionarios encargados de orientar a los estudiantes, se crearon sistema de becas para que estudiantes de escasos recursos accedieran a la educación superior, en fin, se trató de crear condiciones para que el futuro de la patria no estuviera en peligro. Para esta ideología futurista, la juventud era un peligro en sí mismo, y por ello resultaba necesario prestar atención sobre ella, estudiarla, mejorarla; porque, en caso contrario, la sociedad del bienestar a futuro correría el peligro de colapsar.

El discurso sobre la juventud en esta época, enfocaba como los principales problemas por resolver los siguientes: la inmadurez, la rebeldía y la utopía. Al inmaduro había que prepararlo y apoyarlo para encarar el futuro; al rebelde había que reformarlo y reeducarlo para acoplarlo al proyecto de sociedad; y al soñador había que enseñarlo a poner los pies sobre la tierra, a fin de que este se preocupara por los problemas verdaderamente serios del Desarrollismo, como era el futuro de abundancia y felicidad.

El Inmaduro

Este problema que se le endosa a la juventud, tiene sus raíces en un momento de construcción conceptual; momento en el que se parte de una definición sobre la juventud que implica su ubicación y posicionamiento al interior de procesos psicosociales de cambio evolutivo del individuo. Cambios que son considerados como los más importantes de la vida del ser humano. La definición de joven se asocia con el término adolescencia, entendiendo a la misma como etapa transitoria del desarrollo en la cual el individuo pasa la etapa infantil a la adulta.

Decir adolescencia equivale a decir juventud. Esta propuesta de análisis define a la adolescencia como una etapa que:

“SE CARACTERIZA POR UNA SERIE DE CAMBIOS EN LAS DIMENSIONES FÍSICA, SOCIAL, SEXUAL E INTELECTUAL QUE EN ESTA CULTURA PREPARA A LA PERSONA PARA SU CONFORMACIÓN COMO ADULTO CAPACITADO CON UNA PRODUCTIVA INSERCIÓN EN LA SOCIEDAD”

(COMISIÓN NACIONAL DE ATENCIÓN INTEGRAL AL ADOLESCENTE, 1994:01)

La anterior concepción sitúa en su marco teórico dos conceptos polares fundamentales: la madurez, y su opuesto, la inmadurez. A la primera se le considera como una capacidad positiva de inserción social: asunción a responsabilidades (trabajo, formación de una familia, hijos, entre otros); inserción positiva en el mercado laboral; suspensión de ciclo educativo (completo o incompleto). Para este tipo de planteo, el ser maduro ha atravesado las etapas básicas del desarrollo, pero se determina en lo fundamental a partir de roles asociados con el trabajo y la familia.

En este mismo sentido encontramos la inmadurez, no como n concepto de derecho propio, sino como un término construido por oposición a la inmadurez: si el individuo no se ha insertado positivamente en el mercado laboral, se encuentra estudiando o no ha asumido las denominadas responsabilidades, es un inmaduro. Ser inmaduro implica ser adolescente (3); se deduce del anterior planteamiento que, la inmadurez es propia de la adolescencia.

Dentro de esta línea de abordaje, un niño por ejemplo, no es inmaduro, sino que es inocente o ingenuo; un adulto tampoco puede ser inmaduro, puesto a lo sumo se cataloga de incompetente, deficiente, torpe, sin suerte o “perdedor”. Si la inmadurez fuera un concepto por derecho propio, un niño o un adulto podría ser catalogado como inmaduro, lo cual no es así. De modo que la construcción del concepto de inmadurez, se vincula directamente con la etapa que se denomina adolescencia. Se es inmaduro en la medida que se es joven.

La inmadurez, más que una característica o un adjetivo de la juventud (como si lo es ingenuo o inocente en el caso de la niñez), se convierte en este tipo de pensamiento, en un criterio de descalificación. Luego de descalificarlos se indultan: la inmadurez es un problema, “los jóvenes necesitan de nuestra ayuda”.

Por tanto, las terapeutas, Trabajadores(as) Sociales, Psicólogos(as), Orientadores(as), entre y otros profesionales, dirigirán sus fuerzas para allanar el terreno de la inmadurez del joven. La intervención se dirigió, por tanto, hacia la dotación de insumos (¿?) al joven para que este alcanzara la madurez. Lo interesante de lo anterior es que en la práctica, o sea, en el campo de la atención estatal que se brindaba a la juventud, no todos los jóvenes eran inmaduros, o más bien, no todos los jóvenes recurrían a los

consultorios como pacientes. Si la inmadurez era un problema, era de esperar la presencia masiva y permanente de los jóvenes en estos consultorios, cosa que no sucedió. Sólo una reducida cantidad de jóvenes recurría a tales servicios, pero quizás no por falta de acceso, sino porque sus vidas transcurrían tranquilamente.

Finalmente, vuelve a surgir el mecanismo de descalificación: **todos los jóvenes son inmaduros**. Pese a que los consultorios no estaban saturados, pese a que la gran mayoría de los jóvenes resolvía sus problemas sentidos fuera de la esfera de la intervención estatal, pese a todo ello, la sentencia era contundente: **la inmadurez como problema propio de la juventud**.

El Rebelde

La imagen estereotipada del rebelde propia de la concepción Desarrollista, aparece como un joven gruñón, cascarrabias, malhumorado, intolerante y extremadamente sensible; esta visión consiste en catalogar al joven como un ser que está en contra de los que están a favor y, en contra de los que están en contra. El estereotipo de rebelde se vincula mucho con el del inmaduro; sólo que adquiere para este enfoque, un matiz de desadaptación radical en el seno del ámbito familiar. El estereotipo de rebelde significaba una descalificación para el joven; por lo que era necesario atenderlo y sanearlo. Como con el diagnóstico de la inmadurez, la receta consistió en dirigir la intervención, hacia el suministro de insumos al joven para que alcanzara la madurez.

El Utopista

Para la sociedad Desarrollista el joven enfrentaba otro problema: los muchachos eran utopistas. Se les endosaba el problema de ser revolucionarios; de cuestionar los patrones sociales de convivencia social, la moral y la política; de proponer cambios radicales en la sociedad. Pero el problema no consistía en cuestionar el modelo de sociedad.

El problema enfocado por el Desarrollismo consistía en que la asunción de una utopía revolucionaria reflejaba la **estupidez innata que se le achacaba a la juventud**.

SE DESPRECIABAN DE ANTEMANO LOS SUEÑOS, Y
SE CONSIDERABA A LOS MISMOS COMO EL
PRODUCTO TÍPICO DEL TIEMPO DE LA DULCE
IDIOTEZ JUVENIL, DEL ENTUSIASMO QUE PRECEDE A
LA GRAN SOBRIEDAD DE UNA VIDA SERIA – ADULTA-
(BENJAMIN, 1993:93)

De ahí que, se abogaba por desvirtuar las utopías y los sueños por medio de la excitativa que se le hacía a la juventud, en el sentido de asumir con naturalidad el estado mendaz de la conciencia. El peligro de la utopía revolucionaria como se mencionó, no residía en proponer cambios; para el

Desarrollismo, el peligro de estas expresiones juveniles era que estos soñadores no tenían los pies sobre la tierra, motivo por el cual, no podían visualizar ni asumir la más contundente propuesta paradisiaca: la Sociedad Desarrollista de la abundancia.

La intervención estatal, sobre todo en los enfoques con los que se abordó la cuestión juvenil en los colegios del país, se dirigió a exaltar los sueños como una expresión cándida de la juventud, y a pretender que estos asumieran tal rol: ¡La vida es bella y la juventud es lo más hermoso!; ¡Disfruta cada experiencia!, ¡corre por la vida!, que sólo se es joven una vez; luego vendrá el tiempo de grandeza y plenitud. **Se trataba de hacer reír a los jóvenes de sí mismos.**

En los tres casos anteriores, el discurso social establecía un diagnóstico: **el joven es inmaduro, rebelde o soñador**; acto seguido proponía, mediante la intervención estatal, una solución similar a la máxima de Bob Patiño: **“he venido a salvarlos de ustedes mismos”** (4).

Las instituciones que implementaron políticas asistenciales dirigidas a la juventud, pretendía a toda costa que los jóvenes no se vieran tentados por el fruto prohibido, el cual estaba representado por la desertión o la imprudencia en relación con el proyecto Desarrollista.

Se requería de un joven **casto y puro**, porque él era el futuro. Cuando por alguna razón, este joven se salía del esquema era necesario reeducarlo, bien fuera por medio de terapias o por medio de centros de internamiento; pero en todo caso, siempre se intentaba amoldar a ese rebelde al proyecto de futuro, aún cuando ese acoplamiento consistiera en sacarlo de circulación (privación de libertad por la vía judicial o administrativa) para que no entorpeciera el desarrollo y consolidación del futuro de la abundancia. Porque aún en situaciones extremas, como la privación de libertad, se esperaba que el joven se reinsertara en el proyecto de sociedad, una vez que sus males estuvieran sanados.

En eso consistía el tipo de ejercicio de poder durante el Desarrollismo, en establecer un cerco, un encierro (Foucault, 1994) sobre la juventud, así como a otros sectores de la sociedad. El ejercicio del poder en la sociedad Desarrollista, implicaba para la juventud, la adhesión *ad portas* a su destino manifiesto: **ser el futuro de la patria**. Pero algo importante subyace en esto, teóricamente la juventud tenía cabida en este proyecto, sin importar su condición o situación; estaba integrada, bien fuera como héroe o como paciente; el individuo estaba concebido como sujeto de integración.

La juventud era como un rebaño que portaba en su interior, al lobo que sería su condena. En esto se resume la categoría que denominamos como problema de la juventud. Categoría que adquirió una connotación ideológica cuando el discurso oficial estereotipó a la juventud como rebelde, soñadora e inmadura.

El Poder Fragmentario (5)

A principios de la década de los 80's aconteció en Costa Rica uno de los hechos más significativos para la comprensión de la cuestión juvenil en nuestro país: **la frustración de la utopía Desarrollista**. Lo que en un

principio resultaba ostentoso, se convirtió en un utopía frustrada cuando el proyecto Desarrollista colapsó, y con este se cuestionó la manera de concebir e implementar el ejercicio del poder. El ideal de la sociedad de la abundancia se vio “desguazado” cuando la crisis económica y social en túnel de pesimismo y angustia. Esta crisis caló en lo profundo del sentir nacional, y por primera vez en varias décadas se relativizó el optimismo dulce y cándido del futuro para todos. La supervivencia de muchos hogares costarricenses se vio lesionada, y con ello creció el sentimiento de incertidumbre que, poco a poco se fue apoderando del imaginario social. Engaño y decepción; ese fue el sentir de nuestros padres.

Importamos una receta a nuestros males: la sociedad del libre mercado. La historia sin pasado empezó a escribirse.

Empezó una nueva historia, que no tenía prólogo ni prefacio: la historia de la “post historia”. Un nuevo tipo de sociedad y un nuevo tipo de individualidad: el sujeto en competencia.

Si volvemos ahora la mirada atrás, estupefactos, nos cuesta creer el giro radical que nuestra sociedad dio, puesto que los cambios sucedieron con “una rapidez que se vuelca sobre la voz misma y niega de pronto todo lo que ha dicho, transformándolo en una gran sociedad de voces armónicas, disonantes; voces que se extienden más allá de sus capacidades en una diversidad interminable y que expresan y emprenden un mundo en el que todo está impregnado de su contrario y en el que todo lo que es sólido se evapora en el aire” (Berman,1989:67).

Los cambios de la sociedad fueron tan rápidos y profundos que de un momento a otro nada era igual que lo de ayer, y lo que aparecía mañana hacía olvidar el hoy. (Elizondo, 1996:08).

La sociedad del libre mercado, se presenta a sí misma como una sociedad absoluta, acabada sin alternativas a ella. No puede existir “racionalmente” otra forma imaginable de la organización de las fuerzas productivas que supere a esta sociedad. Su única propuesta es: sobrevive y triunfa en la competencia perfecta: mercado y más mercado. Todos los individuos están en libertad de elegir si se suscriben o no a estos planteamientos; quien lo haga, en buena hora, y quien no, que asuma las consecuencias. “No se busca más un crecimiento económico capaz de arrastrar la fuerza de trabajo entera para integrarla en la economía del país, sino que la política Neoliberal se declara no- responsable por la suerte de los expulsados y marginados. Se los culpa más bien de su fracaso” (Hinkelammert 1, 1992:05). Esto es la más pura lógica de la competencia llevada al campo de las relaciones humanas. El sujeto en competencia debe ser capaz de insertarse exitosamente en esta dinámica, si pretende hacerse merecedor del solo hecho de justificar su existencia en la faz de la tierra; y si para ello debe robar, saquear, hacer trampa, olvidarse de los demás y desprenderse de los más básicos instintos de solidaridad, que así sea: alcanzó el éxito.

El diagnóstico que hacía el desarrollismo sobre la juventud como futuro de la patria, perdió significancia y sentido. En la actualidad, el nuevo diagnóstico que se propone sobre la juventud en la sociedad de libre mercado, está impregnado de un sentimiento nihilista: **la juventud como generación abatida**. Con el colapso del proyecto desarrollista, **murió la**

esperanza que se depositaba a la juventud. Estos **ya no son el futuro**, y sobre este diagnóstico se unen y logran consenso, sectores o grupos sociales y políticos que antaño nunca llegaron a ningún acuerdo: De un lado, (minoritario) no se ve en la juventud más que un grupo de enajenados del “*American style life*”; mientras que de otro (mayoritario) sólo se visualiza a un grupo de potenciales delincuentes y drogadictos. La receta a estos males: incentivar la competencia; postulados macro-económicos llevados al campo de la vida en sociedad y comunidad.

Lo que impera en la sociedad de libre mercado, es una lógica de sacrificio constante, de modernización constante, una carrera de actualización contra desactualización; la no competitividad equivale al suicidio. La proyección de futuro en este tipo de propuesta es: abundancia, crecimiento sin fin, unidad gracias al mercado: la sociedad convertida completamente en un mercado (Hinkelammaert,1993:05). El futuro se convierte en una mercancía, y como tal se vende. Contrario a lo que el Desarrollismo proponía como una construcción colectiva, el futuro en la sociedad del Libre Mercado ya está hecho, se puede mercar. Para tener futuro en esta sociedad, o lo que es lo mismo, el individuo para comprar el futuro debe ser competitivo, debe ser un sujeto en competencia.

Esa es la capacidad de compra del individuo, y eso es lo que lo hace humano; a todo lo demás se puede renunciar. Si no, no hay compra y queda fuera de la sociedad en donde todo es transacción; queda excluido, al menos socialmente.

Con el surgimiento del nuevo proyecto de sociedad, se dibujó también una nueva forma de ejercer el poder, pero no como cuestionamiento al poder totalizante y universal del Desarrollismo; sino como mecanismo indispensable para sentar las bases y desarrollar la sociedad de libre mercado. Ya no es necesario controlar todo para ejercer el poder; basta con imponer la lógica de exclusión por la vía de la competencia. Esta lógica impone la auto-negación de lo humano, la renuncia a lo auténtico y propio del individuo, la aceptación *ad portas*, sin reclamo ni llanto, del modelo de sociedad del libre mercado. No es posible ser uno mismo si no es con el suicidio espiritual, como vergüenza; pero más que una vergüenza, se trata de un miedo de ser nosotros mismos.

EL PRINCIPIO DE EXCLUSIÓN ES QUIZÁ, Y SOLO EN PRIMERA INSTANCIA, LA CARACTERÍSTICA CENTRAL DE LA DINÁMICA DE LA REPRODUCCIÓN DEL CAPITAL (HINKELAMMERT 1, 1992:21)

En segunda instancia, es una característica de la estructuración de las relaciones de convivencia social, el ejercicio del poder no requiere del establecimiento del encierro para controlarlo todo. **Lo que impera es el establecimiento de una zona límite que divide al mundo moderno, del mundo carencial.** La sociedad se fracciona en dos mundos, en dos sociedades: la **tecnocrática** y la **carencial**; la primera es feliz y buena, la segunda es pobre y sucia. En la sociedad tecnocrática existe el celular, la fibra óptica y la tarjeta de crédito como fundamento para detentar un estilo de vida pleno, verdadero y lleno de virtudes, o sea, competitivo. En la sociedad carencial existe el “chinamo”, el tugurio, la fila para recibir el cheque de la

asistencia, y la callejización como expresión de un estilo de vida sin oportunidades, falso, fracasado, purgando la pena de no ser competitivo. Porque para llegar a un estado de no competitividad solo hace falta la negativa o la imposibilidad de asumir como absoluto el modelo del libre mercado.

El poder fragmentario estimula su marco de acción, primordialmente, a partir de pérdida de contención de sistema educativo. Esto se convierte en un filtro de selección.

La modernización técnica de los procesos educativos, sitúa a la juventud de cara a un sistema productivo que le exige adquirir permanentemente conocimientos teórico prácticos de procedencia tecnológica, como condición para posesionarse favorablemente en el mercado: esto es, quedar incluido en el modelo. La posibilidad de situarse en el interior del modelo modernizado y tecnocrático, radica en la disposición de la juventud a entregarse por completo a la dinámica absorbente de un proceso vital, inscrito en la lógica infinita de la actualización – desactualización – actualización de conocimientos relacionados con la tecnología informática aplicada, proyección similar a la que realiza el mercado categorial del pensamiento neoliberal con la teoría de la competencia perfecta (Hinkelammert 2, 1990).

La eficiencia y la eficacia cuantificada, así como el individualismo son los valores que dibujan el perfil del sujeto en competencia. La competitividad reside en la capacidad del sujeto, luchar por un lugar en la sociedad tecnocrática, por más estrecho que este sea, y aunque sea a costa del sacrificio de otros. Pero la ideología del mercado sigue siendo **TOTAL**, porque nadie queda excluido de su dinámica. De lo que se queda excluido es del estilo de vida competitivo. El mercado continúa dando la pauta en ambas sociedades. El mérito, si se le puede llamar así, de esta ideología de la competitividad y la exclusión, reside en que la misma desplaza sus contradicciones, hacia polos donde esa misma competitividad se mediatiza a través de las frustraciones de unos, constituidas en violencia contra la miseria de los otros (Elizondo, 1996:15). Esto por cuanto, la exclusión del estilo de vida competitivo en el que se ve inmerso un gran contingente de jóvenes, implica a su vez que dicha exclusión permite la construcción de un estereotipo social en el que se imagina a la juventud excluida como delincuentes, drogadictos, vagos y futuros criminales. Este estereotipo también se vende, como todo en la sociedad del libre mercado, y se vende como el mal ejemplo, y como la proyección fatal de un joven que no sea competitivo. El temor termina por convertirse en odio, cuando el imaginario social acepta que la promoción y las oportunidades no son la respuesta a las necesidades de la juventud, y la violencia queda plenamente justificada... se instituye.

Conclusiones

El abordaje de la cuestión juvenil tomando como eje de análisis el control social inscrito en la dinámica del ejercicio del poder, permite visualizar por un lado, el papel que adquiere en cada momento histórico estas expresiones sociales y culturales que se agrupan bajo el concepto de juventud. Pero por otro lado, permite aproximarse al estudio de la constitución de las posibilidades asumidas en torno en la hegemonía implementada al interior del proyecto de sociedad que proponen las fuerzas productivas en cada momento histórico.

La cuestión juvenil trasciende, por tanto, un asunto puramente poblacional o etéreo; y nos muestra pistas para abordar incluso el estudio de fenómenos sociales y políticos más generales, sin que esto le reste posibilidades al hallazgo de situaciones que le atañen directamente a la juventud, sean desde el punto de vista de las

problemáticas, posturas de tratamiento institucional, o bien en términos de oportunidades sociales para el desarrollo humano.

Así pues, el ejercicio del poder en la sociedad del **Desarrollismo** presuponía y asumía como horizonte histórico (Zemelman, 1989), un desarrollo social de abundancia fundado en la integración de los sectores sociales. Este tipo de concepción resaltaba el ideal de futuro mejor para todos. La juventud se constituía en un pilar metafísico de ese futuro, y, por tanto, se constituía en uno de los sectores sociales privilegiados en cuanto a la implementación de políticas sociales.

La preocupación por la juventud formaba parte del proyecto nacional, ocupaba un lugar especial y justificaba el gasto social del Estado. Las oportunidades de desarrollo para la juventud, eran asumidas como una construcción social en la que todos tenían responsabilidad. Esto condujo al establecimiento de un cerco y un encierro para los jóvenes, puesto que se trataba por los medios posibles, de mantenerlos dentro del proyecto Desarrollista. Subyacía en la perspectiva de abordaje de la cuestión juvenil, el enfoque preventivo: Cuanto más se invierta en la misma, mejores serán los ciudadanos del futuro Desarrollista. Cuando estas medidas preventivas no eran efectivas y se registraba una deserción, entonces el tratamiento propuesto apuntaba a una reinserción del joven al modelo de sociedad. De ahí que el diagnóstico que se hacía sobre el problema de la juventud, en donde se estereotipaba al joven como un rebelde, un soñador o un inmaduro, siempre pretendía su rehabilitación y posterior reinserción a la sociedad.

En la **Sociedad del Libre Mercado**, el ejercicio del poder connota una racionalidad de competencia como base del bienestar social. Para hacer efectivo el Control Social, se implementan mecanismos de exclusión que inscriben a los diferentes agentes o grupos sociales en dinámicas competitivas que postulan la lucha de uno contra otro, para ostentar ese bienestar social que, en las actuales condiciones, significa formar un estilo de vida competitivo, en el cual no todos tienen cabida. Detentar este estilo de vida es un premio, fracasar en el intento de incluirse en el mismo, es un castigo merecido, según se postula. Esta es precisamente la lógica que se propone para la juventud.

Si en el Desarrollismo el joven era clave para el futuro del bienestar social, ahora los papeles se invierten. La clave es el futuro de la competencia perfecta, y el joven sólo resulta ser un apéndice del proyecto. De hecho, la deserción ya no es un problema, sino un desperdicio. La Utopía de una competencia perfecta, se asume como natural, por lo que el joven que no se suma al movimiento racional de la competencia y del estilo de vida que se puede detentar en la misma, ha despreciado y desperdiciado lo que tan solo a su alcance estaba.

Esta deserción no tiene justificante para los ideólogos de este tipo de pensamiento, por lo que no se plantea su reintegración como meta de las políticas estatales. Las oportunidades de desarrollo humano para la juventud, ya no son concebidas como una construcción social, sino que son asumidas como un asunto individual, que se va a definir en el mercado, por medio de la competencia.

No obstante lo contundente y natural que puede resultar el enfoque anterior, estamos convencidos de que las oportunidades para el desarrollo humano y el mejoramiento de la calidad de vida de la juventud, siguen siendo asuntos sociales, que le atañen a las Instituciones Estatales, a la comunidad y a la familia. Si de momento no se visualiza en el horizonte histórico una alternativa claramente definida para la juventud, no se puede considerar de buenas a primeras, la asunción de una actitud pesimista y nihilista respecto a las posibilidades de crecimiento que pueda tener la

juventud; y estamos claros de que no pueden ser los parámetros del mercado los que definan el futuro de las relaciones humanas y de convivencia social.

NOTAS

- 1.** Por proyecto Desarrollista se asume lo planteado por F. Hinkelammert, cuando este propone que este era un proyecto de sociedad que “presuponía un crecimiento económico alto, capaz de arrastrar consigo toda una población integrándola económicamente. Sobre esta base podía establecer su Política de Integración Social, dándole a la democracia liberal de masas un consenso de la población que la podía legitimar”. Hinkelammert. “La lógica de la expulsión del mercado capitalista mundial y el proyecto de liberación”; en PASOS N° 3 Especial, DEI, San José, Costa Rica, 1992, Pág. 11.
- 2.** A propósito de la elocuencia de Sartre el reflexionar sobre el proceso de colonización europea en África, nos hace pensar que las voces no venían de París, sino de otras latitudes, pero igual producían un eco disonante. Confrontar el prólogo de Jean Paul Sartre sobre: Fanon, Frantz. Los Condenados de la Tierra. Fondo de Cultura Económica, México, 1983.
- 3.** Para ilustrar de manera general las implicaciones de la utilización del concepto de adolescente, es suficiente con revisar el verbo adolecer, mismo que apunta hacia una significación de faltante, carencia, entre otras. 4- Bob Patiño es el sociópata que más resalta en la serie de televisión *Los Simpson* (en la versión original en inglés de la serie el nombre de este personaje es Bob Sideshow).
- 4.** Se utiliza Poder Fragmentario, partiendo del planteamiento del concepto “Fragmentación” que Brinter le atribuye al imaginario social de la sociedad contemporánea. Al respecto confrontar: Brinder, Alberto : “La Sociedad Fragmentada”; en: PASOS N°3 Especial, San José, Costa Rica, 1992. 22 – 26.
- 5.** Por “Libre Mercado” se entiende el proyecto de sociedad que se construye, desde inicios de la década de 1980, mediante la implementación de una serie de medidas tendientes a disminuir la intervención estatal y a racionalizar el gasto público (Ruben y otros, 1991:22). Tales medidas se complementan con la liberalización de los mercados comerciales y financieros, que supondrían la eliminación de los controles e intervenciones que el Estado venía ejerciendo en la economía, mayormente desde la década de 1950; intervención que, desde la óptica neoliberal, es la causa de las distorsiones y otros desequilibrios macro – económicos que desembocaron en crisis. El objetivo de estas medidas es el “reforzamiento de la capacidad de competencia internacional, percibida como una condición *sine – qua – non* para incentivar la reestructuración del aparato productivo” (Ruben y otros,1991:22 - 23). El bienestar general de la sociedad se logra dentro de esta propuesta, mediante el incentivo de la inserción privada. Lo cual, a la larga podría eventualmente conducir a una mayor riqueza que podría ser repartida, de alguna forma no revelada a todos los miembros de la sociedad. Siempre y cuando estos se hayan suscrito de previo a esta dinámica del mercado total.

Bibliografía

Benjamín, Walter. LA metafísica de la juventud. Piados, Barcelona, 1993.

Berman, Marshall. "Brindis por la modernidad"; en Casulo Nicolás. El debate modernidad post- modernidad. Puntosur Editores. Buenos Aires, Argentina; 1989.

Comisión Nacional de Atención Integral al Adolescente. Juventud en cifras. Costa Rica 1980-1992. CNAIA. San José, 1994.

Elizondo Araya, Carlos. "Juventud y Modernización Tecnológica". En: PASOS. Nº 6 Número Especial. DEI, San José, 1996.

Fanon Frantz. Los condenados de la tierra. Fondo de Cultura Económica, México, 1983.

Foucault, Michel. Un diálogo sobre el Poder. (4ª reimpresión de la 1ª edición), editorial Alianza. Madrid, 1994.

Hinkelammert, Frantz. "El cautiverio de la Utopía: Las utopías conservadoras del capitalismo actual, el neoliberalismo y la dialéctica de las alternativas". En: Pasos Nº50. DEI. San José, 1993.

Hinkelammert, Frantz. "La lógica de la expulsión del Mercado capitalista mundial y el proyecto de liberación"; en PASOS Nº3 Especial, DEI, San José, Costa Rica, 1992.

Lyotard, Francois. La Condición Postmoderna (5º Edición). Editorial Cátedra, Madrid, 1994.

Ruben, Raúl y otros. "La Contribución europea al desarrollo democrático y duradero de las economías centroamericanas". En: Más allá del Ajuste. DEI. San José, 1991.

Torres Rivas, Edelberto. "La Cuestión Juvenil en Costa Rica". En: Escépticos, Narcisos, Rebeldes. Seis estudios sobre la juventud. FLACSO. San José, 1998.

Zemelman, Hugo. De la Historia a la Política. La experiencia de América Latina. Siglo XXI. México D. F., 1989.